



Cuentos
de
TerrorRan



Cuentos de TerrorRan

© TerrorRan, 2024

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2024

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Melanie Milagros Sanz

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de Diseño: Marianela Acuña

Diseño de interior: Olifant · Valeria Miguel Villar

Ilustraciones: Catalina Luza

ISBN 978-950-02-1480-3

1ª edición: marzo de 2024

Impreso en Printing Books, Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires, en marzo de 2024.

Tirada: 4.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

TerrorRan

Cuentos de TerrorRan / TerrorRan ; ilustrado por Catalina Luza.

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2024.

192 p. : il. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-950-02-1480-3

1. Cuentos de Terror. 2. Literatura Infantil y Juvenil Argentina.

I. Catalina Luza, illus. II. Título.

CDD A863.9283

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



Cuentos de TerrorRan

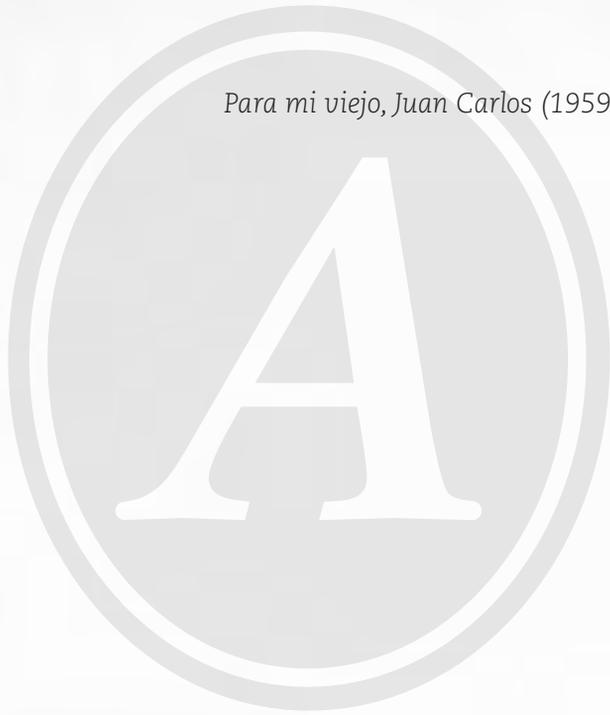


 *Editorial El Ateneo*





Para mi viejo, Juan Carlos (1959-2022).



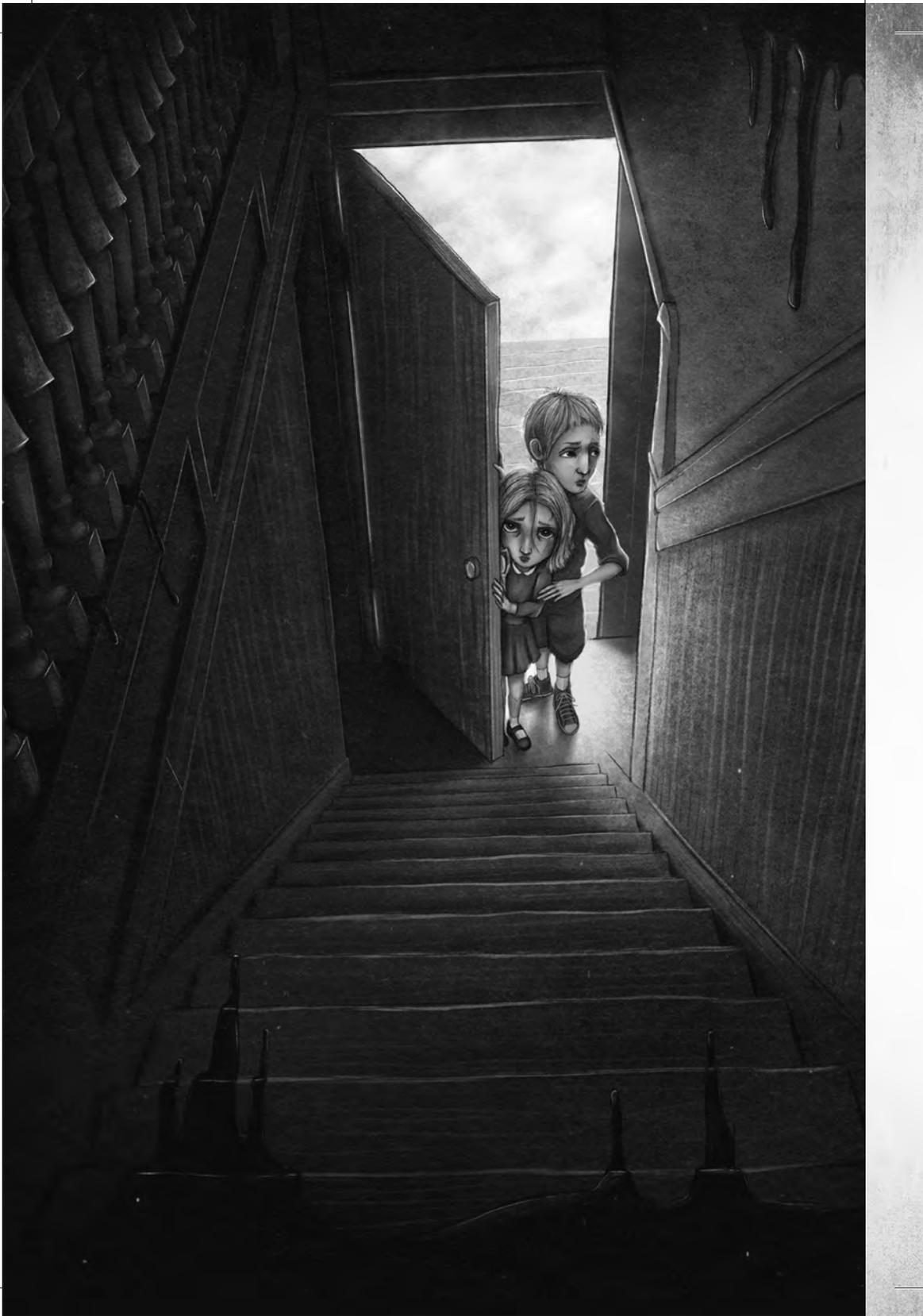




ODIO

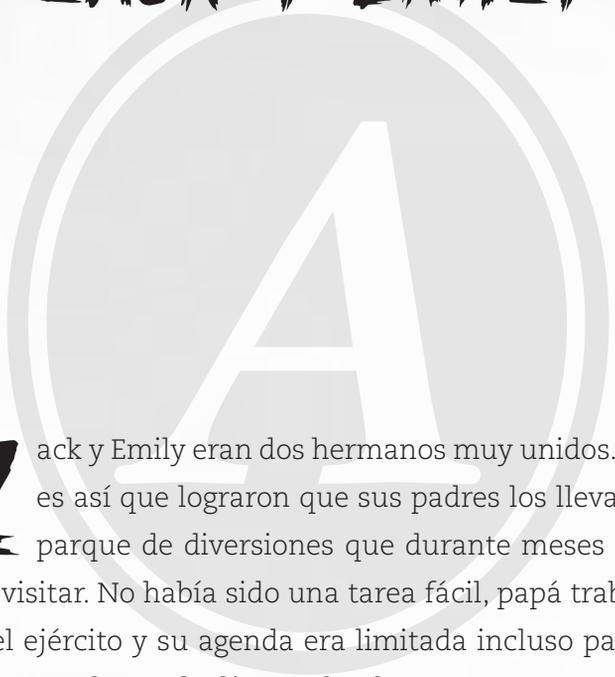
Años de amor han sido olvidados en el odio de un minuto.

Edgar Allan Poe, "A la señorita****"





ZACK Y EMILY



Zack y Emily eran dos hermanos muy unidos. Tanto es así que lograron que sus padres los llevaran al parque de diversiones que durante meses ansiaron visitar. No había sido una tarea fácil, papá trabajaba en el ejército y su agenda era limitada incluso para sus hijos. Pero luego de días en donde se turnaron para convencer al ocupado adulto, llegó el que estaban esperando. Los niños aprovecharon cada segundo: se subieron a todos los juegos que pudieron, comieron toda clase de dulces y no se fueron del lugar hasta entrada la noche. Muy a su

pesar, debían regresar a casa. Era domingo y una larga semana los esperaba. Sobre todo a su padre, a quien apenas veían hasta el viernes. Por lo tanto, quedaban a cargo de mamá.

Muchas veces, y en lo que podía, Zack se ponía al hombro su rol de hermano mayor y le daba una mano para cuidar a Emily. Como ese lunes siguiente al parque de diversiones. Estaban bajando a desayunar mientras competían por ver quién llegaba primero a darle los buenos días a su madre, pero al entrar en la cocina se dieron cuenta de que estaban solos. Era extraño para ellos, siempre los esperaba con la comida lista antes de ir al colegio. Zack no le dio más vueltas al asunto y preparó las tostadas y el jugo él mismo. “Tal vez está cansada de ayer”, pensó y luego del desayuno partió junto con Emily a la escuela.

Al mediodía volvieron a casa hambrientos, ansiosos por devorar el almuerzo. Era día de pasta con salsa roja. Sin embargo, no sintieron el aroma típico de la salsa de mamá. Zack empezó a preocuparse. Algo no andaba bien, pero, como no quería alarmar a su hermanita, y porque el estómago le rugía, decidió concentrarse en lo que podía solucionar y preparó unos sándwiches con lo que tenía a mano. Después de comer, Emily se echó una siesta, momento que Zack utilizó para dirigirse al cuarto de su madre

y ver si todo estaba en orden. Notó la puerta entreabierta, así que decidió golpear primero.

Silencio.

Se sujetó de la perilla y con pasos lentos fue abriéndose camino. Quizás estaba dormida, no quería despertarla. La oscuridad era tan abrumadora que no lo dejaba ver con claridad lo que tenía enfrente y temía tropezar. Cuando por fin llegó a la cama sano y salvo, y sin alterar a su madre, confirmó su teoría: estaba descansando plácidamente. Así de despacito como había entrado se retiró y bajó a la sala principal a jugar con la computadora. Un rato de ocio y luego se pondría a hacer los deberes. Aunque, de hecho, pasaron horas. Muchas. Y todavía ni su madre ni Emily habían aparecido. “¿Cómo es que pueden dormir tanto?”, se preguntó y decidió ir a buscarlas.

Primero pasó por el cuarto de su madre. Esta vez no tocó, entró directamente, y lo que olió lo desestabilizó por completo. Era un tufo hediondo, putrefacto, que encendió todas sus alertas. Con cuidado se acercó hasta su mamá y le acarició el pelo. De inmediato, se quedó con un mechón de su cabello. Zack empezó a temblar. Trató de despertarla, la zamarreó, la llamó a los gritos, pero sus manos comenzaron a hundirse en una masa pestilente, babosa y repugnante... Aquello ya no era su madre.

Despavorido, salió corriendo de la habitación y fue en busca de su hermana. Abrió la puerta de su cuarto, pero el mismo olor inaguantable se presentó nuevamente. Emily estaba en el mismo estado que su madre. Zack entró en pánico, su cuerpo no paraba de estremecerse y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que estaba solo. Necesitaba huir, debía comunicarse con su padre. El teléfono estaba abajo. Comenzó a cruzar las escaleras, pero de nada sirvió: sus piernas empezaron de derretirse gradualmente, primero los pies, luego sus gemelos y muslos. Ahora él mismo olía a podrido. Mientras pisaba cada escalón iba perdiendo el control de su cuerpo hasta que cayó de golpe al piso, con su cabeza de lado.

De repente, como si de una obra de teatro se tratase, vio a su padre mirando la televisión. En ella, un reportero hablaba sobre un caso espeluznante: un padre de familia había matado a su esposa y sus dos hijos. Luego los cortó en trozos que vertió en recipientes gigantes repletos de ácido, para disolver toda la cantidad de carne posible. De repente, el interior de su casa se esfumó y comenzó a observar a su padre en una habitación de hotel de mala muerte, ebrio hasta los huesos, sentado en un sofá deshilachado, escuchando las terribles noticias mientras se reía con cinismo, disfrutando de todo el *show*.

Poco a poco, Zack fue desvaneciéndose hasta desaparecer. Mientras tanto, su padre sigue suelto, sediento de más sangre.

